

— ¡No cabe duda, me dijo una vez un amigo galó-fobo, estos franceses necesitan pastar!

Creo que la humanidad entera necesita pasto, porque enseña la ciencia que los alimentos vegetales son buenos para el cuerpo y para el alma...

Se supondría, a primera vista, que quien cultiva un huerto sólo recibe plácidas impresiones. Preparar la tierra, abonarla, sembrar, ver cómo germina la simiente, creciendo la débil planta, por milagrosa operación de la naturaleza; observar la formación del fruto, la lozanía del follaje — todo eso es grato, suave, sedante, inocente. Pero hay sus tropiezos en el camino: los hay en todo lo que se intenta —. Hay la lluvia torrencial, la excesiva sequía, los topes, que minan y roen cuanto encuentran; hay sobre todo las babosas, las babosas glotonas y feroces, enemigas de la plantita nueva, jugosa y blanda como la carne de un niño.

\* \*

A pesar de tantos inconvenientes, las hortalizas van llegando a sazón. Es admirable lo que ha progresado la horticultura, y que el hombre haya sabido, por medio de su trabajo y su inteligencia, convertir la planta silvestre en tantas y tan suculentas variedades. En efecto, puede que crea mucha gente (no tiene nada de extraño, pues he conocido a señoritas que ignoraban que el vino se hacía con uvas) que las hortalizas que hoy figuran en nuestras mesas fueron, desde el principio del mundo, cual hoy las vemos. Es el esfuerzo del hombre, es su voluntad, lo que las ha hecho llegar a su actual estado. Eran en un principio algo duro, seco, insípido, inútil para la nutrición. Con iniciativas felices y tenaces, se han transformado. Aun ahora, la zanahoria, por ejemplo, existe en el estado salvaje. Se recoge la semilla de esta planta, y se modifica, por el cultivo, en plazo relativamente breve, convirtiéndola en la excelente hortaliza (más apreciada de franceses que de españoles) que acompaña y realza tantos platos. Y no sólo se obtiene este resultado, sino que se logran, procedentes de aquella silvestre semilla, todas las variedades, desde la de Chantenay y la nantesa, hasta la azucarada de Doubs.

\* \*

¿Os habéis fijado alguna vez en un peral salvaje? Sus frutos son como avellanas, duros como palo. ¿Habéis contemplado, en las Exposiciones, esas peras enormes, gordas, que parecen rebosar jugo y que pesan kilos? Pues no son ni más ni menos que aquellos otros frutillos, los pírúetanos, que ningún paladar puede sufrir.

Por eso se suele hacer la comparación entre el cultivo de los vegetales y la educación humana. Lo que con los primeros hace el trabajo material, con los otros el educativo. Paréceme, no obstante, que es mucho más seguro el éxito que se obtiene con los vegetales. Muchos hombres no salen nunca de pírúetanos.

\* \*

Una triste noticia: la muerte de Víctor Said Armesto, erudito, poeta y catedrático de altura. — Víctor Said Armesto muere temprano. Era un muchacho delgadísimo, endeble, que parecía montado en alambre, y aquella su viveza y su nerviosidad no dejaban ver lo delicado de su complexión y la escasez de su resistencia física, para la lucha que emprendió a fin de lograr una situación mediana y modesta. Casado bastante joven, con numerosa familia, apremiado por ese anhelo tan natural de asegurar, ya que no el porvenir, siquiera el presente a sus amadas prendas, Armesto emprendió crearse posición, desarrollando sus aptitudes realmente brillantes. Se reveló como investigador penetrante y sutil en su libro *La leyenda de Don Juan*; dió en el Ateneo lecturas y conferencias que impresionaron, allí donde están bastante gastadas las impresiones; hizo conocer viejos romances, procedentes de Galicia y Portugal, algunos de ellos sorprendentes por el encanto misterioso de su poesía (como aquel de los dos rosales, que, brotando de las tumbas de los enamorados muertos, con tal fuerza expanden su vegetación, que desquician las rejas y alzan las losas de las sepulturas, y hasta rompen los vidrios de la iglesia que encierra los sarcófagos).

\* \*

Todo el mundo consideró bien ganada la cátedra de Literatura galaico portuguesa que Said Armesto obtuvo, y presto se le contó entre la media docena

de intelectuales que prometían para lo venidero una labor meritoria y bella.

Pero si la fama empezaba a sonreír al activo trabajador, había algo que siempre le ponía ceño: la salud. No sólo la suya, sino la de sus hijos, que a un tiempo vió acometidos de fiebres perniciosas, y hasta creo recordar que alguno sucumbió. En medio de esas penas hondas, Said Armesto necesitaba seguir luchando, ir adelante, porque en los ejércitos de la inteligencia, como en los otros, soldado que se rezaga, soldado muerto o prisionero. No perdía nunca el ánimo el combatiente: encontrábase yo muchas veces en la Biblioteca del Ateneo, enfrascado en estudios y lecturas, y me hablaba de planes de nuevos libros, de trabajos en preparación, de grandes perspectivas orientadas hacia los orígenes de las literaturas y de los idiomas romances en la Península Ibérica.

Era seguro que Said Armesto llegase, en este terreno, hasta donde quisiese; su edad y sus dotes lo prometían. Tenía lo que los eruditos no siempre tienen, y acaso tienen rara vez: un sentido hondo de la realidad histórica, de esas energías vitales de que los documentos son mera envoltura, cáscara que engaña si no se sabe apartar y buscar el núcleo sabroso. La escuela del documento será muy buena y muy seria, lo que se quiera; pero un documento no dice sino lo convencional: detrás del documento está, sangrando, la vida, y si no es la vida lo que en él buscamos, no tiene significación alguna. Y un documento debe vestir de piel y carne a las edades pasadas, y hacerlas resurgir ante nuestra contemplación, para enseñanza de lo profundo y de lo íntimo de la historia.

Si no sirve para esto, será arena, grano de arena en el inmenso playal de la indagación, y disgregada la arena, en ella no brota vegetación alguna.

\* \*

No era el malogrado panteón un ratón de biblioteca, sino un poeta de la erudición, lleno de jugo y de médula, que desentrañaba lo pasado con modernísimas intuiciones. No nos ha dado más porque no lo consintió su destino.

Como la inmensa mayoría de los escritores, Said Armesto intentó y probó la suerte del teatro. Una zarzuela, *La flor del agua*, fué su tributo. El libreto, claro es. Y sobre tal producción corrió una leyenda: era fatídica: traía la desgracia.

No se debe ser supersticioso, convengo; pero es el hombre cosa tan pequeña y deleznable; la suerte le trae y lleva de tal modo, en sus giros, que ante la incertidumbre del destino y la sombra que nos rodea por todas partes, se comprende que crea en agüeros y en otras niñadas.

Ahora se ha hablado mucho de la profecía de Madama de Thébés acerca del asesinato de los Archiduques herederos de Austria; y en México están cumpliéndose los vaticinios de una lega agustina del siglo XVII, que anunció la revolución actual, el largo mando de Porfirio Díaz, y la etapa terrible de los «tres Franciscos», o sea de los tres presidentes que han llevado este nombre de pila. El libro de la lega está publicado hace bastantes años, de modo que no cabe trampa; y sus ya muy raros ejemplares se buscan ahora con singular interés.

¿Qué tiene de extraño que se esparciese la leyenda referente a *La flor del agua*?

Chapí, que empezaba a componer la música, murió; el teatro de la Zarzuela, donde iba a estrenarse la obra, ardió, no sin extrañas circunstancias; y para confirmar el mal hado, cuando por último llegó a subir a escena la nueva zarzuelita, fué Said Armesto el que, súbitamente, desapareció de este mundo...

Con alegría rebosante me había dado la noticia:

— ¿No sabe usted? El sábado, estreno...

Estábamos en los pasillos de la nueva Zarzuela, donde yo acababa de asistir a la representación de *Maruxa*.

Y, en efecto, se estrenó la obra, no aquel sábado, sino días después...; pero el autor ya estaba postrado en el lecho, de donde no debía levantarse.

Y así son las esperanzas, y así los deseos, y así los triunfos. Polvo, humo, aire, nada.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es un espacio humilde el que vamos a visitar: los ámbitos de un huerto. ¿Creéis que un huerto vale menos que las cumbres de los Alpes, donde Manfredó espació su desesperación romántica? Desengaños. En la naturaleza todo tiene el mismo valor, porque todo es necesario. Estoy por decir que un estercolero importa tanto como un jardín florido y lleno de aromas.

Ahora bien, un huerto y un jardín son cosas muy sencillas, muy llanas, pero, ¡cuánta gente habrá por el mundo que en esa llaneza encuentre verdadera delicia! El consejo que dió a los desengañados y maltratados por la suerte un maestro de la ironía humana, fué «cultivar su jardín».

Y otro maestro del buen sentido, rebozado en elegancia — Horacio — dijo, si no me equivoco — porque el citar de memoria tiene este peligro —, que los labradores serían muy dichosos, si conociesen el bien que disfrutaban.

Sería difícil explicar de un modo enteramente satisfactorio el goce que proporcionan un jardín o un huerto o ambas cosas a la vez. En efecto, la ninguna novedad del espectáculo y su carácter anodino parecen vulgarizarlo y llevarlo a la categoría de lo indiferente. Y, no obstante, es lo diario, lo vulgar, lo soso, lo que más cautiva, con atractivo indefinible, lento, penetrante. En Francia se cuentan por centenares de millares los pequeños rentistas que se han dedicado a *planter ses choux*, como allí dicen, y encuentran a la sopa hecha con esas coles particular sabor. Porque a esas coles las han visto nacer y crecer, y las han visitado de noche para que no se las comiesen las limazas, y han sentido un inocente orgullo al verlas arropollar. Y así Francia posee una extensa vega, donde la maleza y las ortigas no invaden la más pequeña parcela de terreno.

\* \*

Somos nosotros también un país agrícola. Hay comarcas españolas en que se cultivan frutos muy bellos y muy suculentos, y Castilla es la región triguera, y en Galicia el maíz crece tan fresco como en las extensiones americanas. No tenemos, con todo eso — y la culpa será del clima y de la hidrología — tantos huertecillos, tantos vergeles como Francia. Gran parte de España está inculta. Hasta hace poco tiempo, apenas se comían verduras aquí, excepto en el Norte y Noroeste. En Andalucía el régimen vegetariano se reducía al gazpacho o a la ensalada de lechuga. Es cierto que muchos campesinos se mantenían con un tomate crudo o un pimiento asado; pero no se conocía o se conocía poco esa cantidad de vegetales comestibles que en Francia se cuidan tanto y han llegado a ser indispensables en la mesa.

El francés no comprende la existencia ni la cocina sin muchísimas zanahorias, remolachas, patatas, escarola, berenjenas, hongos, setas, escorzoneras y nabitos tiernos. La gente pobre de París, viejecitas que han sido porteras y están retiradas, chiquillos hijos de familia numerosa, a quienes sus padres dan forzoso asueto para merodear, salen a las fortificaciones, y en un cestillo, pulcramente, recogen lo que aquí con desprecio llamamos «yerbas», y con las cuales aderezan sabrosa ensalada: diente de león, jarba de capuchino, verdolaga, achicoria silvestre...